

TROPPO VERO!

La taberna del puerto se encuentra repleta de marineros ociosos que gastan sus jornales en ron barato y sus fuerzas en peleas absurdas. El bullicio va creciendo a medida que cae la tarde y cada vez es más difícil mantener una conversación. Ajeno al alboroto, don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez observa mientras recuerda sus años de juventud y algunas escenas semejantes que le sirvieron de inspiración para su homenaje al dios Baco. Han pasado tantos años. En estos momentos espera con resignación a que parta su embarcación de vuelta a casa. Ha terminado su segundo viaje a Italia y ya no puede demorar más su regreso, porque el rey lo apremia. Ha concluido su misión, ha realizado algunas obras que no podría haber hecho en Madrid y se encuentra en el puerto de Génova esperando a su criado, Juan de Pareja, que, como siempre, llega tarde.

Por fin aparece Juan. Llega agotado, corriendo y pidiendo mil disculpas. Los últimos trámites para preparar el navío que ha devolverles a su añorado hogar han llevado más tiempo del esperado, ya que en tierras italianas el nombre de su amo no abre tantas puertas como en España. Qué deseos de volver a la corte y ser tratado de nuevo con el respeto que se merece, como el criado de un artista reconocido, y no como un esclavo morisco cualquiera, a empujones o insultos las más de las veces. En Madrid no tendrán que volver a cenar en tabernas como aquella en la que se encuentran, y tener que soportar a aquella gentuza que tanto alborota. Don Diego trata de calmarlo, aunque sabe que muchas de aquellas quejas sólo tienen como objeto que él se olvide de su retraso y no lo recrimine por ello. Son muchos años juntos, y ya pocos secretos quedan entre ellos. Con el primer vino Juan todavía guarda las apariencias y observa taciturno las instrucciones que recibe el tabernero, pero a partir de la segunda jarra, y viendo que no hay reproches por parte de su amo, se atreve a iniciar la conversación:

- En menos de dos semanas estaremos en Madrid. No veo la hora de divisar nuestra tierra, así sea en el horizonte y desde una gran distancia.
- ¿Tan mal lo has pasado en Roma, bribón? – pregunta el pintor con un gesto cómplice.

El criado comprende entonces que don Diego está de buen humor, quién sabe si por el vino o por la perspectiva de volver a casa. Se relaja, se acomoda en el taburete hasta donde sus cortas piernas le permiten y contesta:

- Bien sabe vuestra merced que no. Han sido un par de años muy productivos. No creo que los pueda olvidar fácilmente.

Y tanto que han sido productivos. Para el pintor sevillano han supuesto un éxito rotundo. Su misión original era la de llevar a la corte española algunas de las mejores esculturas clásicas, amén de cerrar la contratación de varios artistas para terminar unos frescos en el Palacio Real. Pero su incansable creatividad ha encontrado en tierras italianas una gran fuente de inspiración. Han sido muy numerosos los retratos que deja en Italia, desacostumbrada productividad que le ha supuesto unos beneficios extraordinarios. Pero Juan de Padilla no piensa en términos artísticos esta vez. Para él sus mejores recuerdos no tienen nada que ver con la pintura, a pesar de los progresos que, a escondidas, va logrando en tal materia.

- Nunca olvidaré esta tierra, porque aquí ha tenido vuestra merced a bien hacerme libre – continúa el criado apurando la siguiente jarra. En su mente está el acuerdo firmado con Velázquez para dar por finalizada su servidumbre, momento del que apenas han pasado unos meses.
- No olvides que según nuestro acuerdo, todavía te quedan tres años más de servicio, durante los cuales habrás de comportarte como buen cristiano – añade don Diego mientras ordena más bebida y algunas viandas para celebrar de algún modo su regreso, aunque sea en la oscuridad de una taberna de puerto.
- No se apure, que no tengo pensado estropear mi futuro por ningún arrebató – contesta Juan mirando a su alrededor. – No pienso acabar como todos estos borrachos estropeando mis cualidades y desaprovechando todo lo que he aprendido estos años a su servicio.

Al momento calla. Está pensando de nuevo en sus habilidades pictóricas, pero teme que su señor acabe sospechando si no aprende a mantener la boca cerrada. Maldiciéndose por su torpeza, no puede evitar sonrojarse.

- Pero hoy me harás compañía en mi despedida de estas tierras, ¿verdad? – pregunta el amo sirviendo un nuevo vaso de vino.
- La duda ofende, señor – contesta Juan, intentando averiguar si estas palabras encierran algún significado que se le escape. Observa la mirada de don Diego, pero sólo consigue ver la satisfacción del que vuelve a casa. Si sabe algo de sus pinturas, no parece importarle demasiado.

La bebida ha venido esta vez acompañada de los más selectos manjares de la taberna, una vez que el alcohol ayuda a superar los escrúpulos que hombres de su linaje podrían tener. Amo y criado dan buena cuenta de ellos y prosiguen con sus recuerdos:

- Adivino que para vuestra merced será difícil de olvidar algunas obras que dejamos en Roma, ¿me equivoco? – se atreve a preguntar Pareja.

- No te equivocas, no – contesta su señor.

Interrumpe entonces la conversación con gesto lánguido mientras sostiene la jarra de vino entre sus manos. Su mirada se posa en un punto fijo de la taberna, pero sin verlo. Su mente está lejos en el tiempo y en el espacio. Sabe que Juan está recordándole la diosa pintada por encargo secreto del marqués de Carpio, y que no puede olvidar las largas horas que pasó en aquella estancia con aquella dama, ni tampoco los recelos que tal atrevimiento le invadían cuando pensaba en qué opinaría la Inquisición de semejante retrato si llegara a tener conocimiento de su autoría. Una nueva pregunta le devuelve al puerto de Génova:

- ¿Creéis que la Venus es vuestra mejor obra hasta la fecha?

El maestro duda. Sigue sonriendo satisfecho con sus recuerdos y con su pintura. Es sin duda una de sus mejores creaciones, pero se pone un poco más serio cuando contesta, aunque sin dejar a un lado el tono ligero de la conversación:

- No. No puedo negar que estoy más que satisfecho con el resultado. Pero, aunque he de reconocer que el modelo no admite comparación, y en eso creo que estaréis de acuerdo conmigo – añade guiñando un ojo a Juan, - creo que esa obra es superada por el retrato de Su Santidad.

Ahora es Juan de Pareja quien queda mudo y con la jarra a medio camino, sin llegar a sus labios. El retrato de Inocencio X le parece excepcional, pero además también le trae gratos recuerdos.

Unos meses antes de la realización del retrato del pontífice, Velázquez realizó uno de su criado. Una obra excepcional que fue expuesta en el mismísimo Panteón de Agripa, donde reposan los restos del genial Rafael. Para Pareja fue un orgullo extraordinario verse rodeado de reproducciones de personas ilustrísimas, serenísimas y reverendísimas, y comprobar exultante cómo todos los ojos se posaban en el insignificante morisco que les devolvía una mirada desafiante. Sin duda, junto con su manumisión, los mejores momentos en Roma. Y poco después comenzó el retrato del mismísimo Papa. A Juan le gustaba recrearse en la idea de que el pintor sevillano ensayó con un criado mulato lo que luego realizaría con la más alta autoridad del mundo. Aunque ambos no apreciaban por igual sus respectivos retratos, ya que él hubiera pagado lo que fuera por su retrato, y el Papa no parecía tan satisfecho con el resultado final.

- ¿Aún conserváis los regalos que os hizo para agradecer vuestros servicios? – pregunta retomando la conversación.

- Por supuesto, son los presentes de un Papa, no lo olvides – responde don Diego.

- Lo que no puedo olvidar es su mirada. Ni la del cuadro, que ya impone bastante, ni con la que os obsequió cuando lo vio la primera vez – añade Pareja mientras reprime una risa e intercambia una mirada cómplice con su maestro.
- Esa sí que daba miedo – corrobora Velázquez. Y tras una pequeña pausa recordando el momento, ambos estallan en una sonora carcajada que retumba incluso en la ruidosa taberna del puerto de Génova. Y después de recuperar un poco la compostura, el pintor sevillano recuerda, imitando la voz y las maneras del pontífice:
- Troppo vero!
Y la risa entonces bien pudo haberse oído en la mismísima Roma.